

mada Beatriz;—hacia tiempo que lo esperaba. La espada estaba suspendida sobre mi cabeza y me constaba que algún día caería... ¿En dónde estaba?—preguntó dirigiéndose a Sarah.—Estaba ahí, muy cerca—respondió ésta y observando que Beatriz se estremecía se apresuró a decir:—Se marchó por ahora; mas le vi hace poco y me encargó del mensaje. ¡Oh! ¡Señora, no podemos esperar misericordia!

—Ni la espero ni la pediré. Decidme cuál es ese mensaje—y Sarah repitió palabra por palabra la entrevista y la entregó el papel en que Mauricio escribió sus señas.—Es preciso que vaya—añadió,—es necesario. Esa ignominia a la que no me atreví a mirar cara a cara; ese golpe al cual me negué cobardemente a prepararme, todo va a caer de una vez sobre mí. ¡Y bien! Cuando se sepa y en mi vida no haya nada oculto, quedaré al menos libre de ese terror que convierte mi vida en pesada carga.

Entró en la otra habitación en que se hallaba el niño y le abrazó y besó hasta que de pronto miró aterrada a Sarah.—Le visteis—la dijo:—¿vió él al niño?—Sarah meneó tristemente la cabeza.—¿Sabe o adivinó...?—añadió Beatriz, y Sarah respondió:—No me dijo nada, pero temo... había en sus modales algo que, a pesar mío, hizo estremecer... algo que me indicó que lo sabe todo...

—Entonces, ¡qué Dios acuda en nuestro auxilio!—murmuró Beatriz saliendo y retirándose a su cuarto y transcurrieron muchas horas antes de que saliese de su inmovilidad y sumiéndose en tristes meditaciones evocó los recuerdos de su vida durante los últimos cinco años, desde la época en que de joven expansiva e incauta, tornóse mujer reservada y melancólica, una mujer que, parte por su propia locura y parte por el crimen de otro, se encontraba en aquel momento en la situación más cruel en que haya podido hallarse ninguna otra.

## XXI

### El pasado de Beatriz

Este pasado se componía a la vez de muchas cosas que ella sabía, de otras que adivinaba y de algunas que ignoraba. Creo que es preferible para mis lectores narrar en toda su integridad ese pasado que irle reconstituyendo poco a poco y a medida que fuésemos oyendo las amargas lamentaciones que durante tan triste día evocaron sus dolorosos recuerdos. Como consecuencia de la batalla decisiva que se libró entre lady Clausón y su hijastra, sir Maingay creyó obrar acertadamente, y no por debilidad y apego a la tranquilidad, accediendo a que Beatriz abandonase el hogar paterno y permaneciese en Londres, en tanto que él emprendía largo viaje en compañía de su esposa.

A consecuencia de esto empezó para la joven una vida que prometía ser de las más tristes o monótonas si no hubiese decidido echar mano de todos sus propios recursos distrayéndose. Desde un punto de vista, no tenía que quejarse, pues una viuda y sin hijos no habría disfrutado más libertad que la que disfrutó Beatriz. La señora Erswine, su tía, que quedó nominalmente encargada de velar por ella, era una mujer de avanzada edad, demasiado ocupada con sus propias dolencias, y en exceso egoísta, que no pensaba en cuidarse de los demás, ni siquiera en sospechar de ellos, porque las sospechas traen consigo molestias y agitación. Beatriz podía, por tanto, emplear su tiempo como se le antojase, ir y venir, entrar y salir y hacer cuanto se le pasa-



se por la cabeza. Por medio de este convenio, la señora Erswine se libraba de todos los quebraderos de cabeza y disgustos, y por ende, de la responsabilidad, cosas todas en extremo penosas para una señora anciana y distinguida y llena de achaques.

Pero Beatriz, que gozaba de salud excelente, cual suele suceder generalmente a los dieciocho años, creyó que para hacer soportable su existencia en casa de la señora Erswine necesitaba encontrar en qué ocupar sus horas solitarias. Tal vez en alguna que otra ocasión la idea que toda imaginación juvenil se forma de un viaje al extranjero hizo que a Beatriz le pesase el no haber acompañado a su padre y el no haberse acostumbrado a ocupar un lugar secundario en el corazón de éste. Pero si esto llegó a ocurrir, su orgullo impidió que pensase en una capitulación. Era preciso, sin embargo, idear alguna cosa para hacer más soportable la vida. Cuidábase muy poco de la sociedad y de sus placeres, y aunque así hubiese sido, los pocos amigos que tenía no vivían en Londres, y la era muy difícil salir. A esto se debió el que la joven, de gran capacidad y algo imbuída en las ideas modernas, que conceden a los cerebros femeninos la facultad de adquirir iguales conocimientos que los de los hombres, decidiese que la mejor manera de matar el tiempo era continuar sus estudios. Para conseguirlo ideó proseguirlos en el punto en que los dejara en suspenso cuando salió del elegante colegio en el que estuvo y terminó su educación. Además de esto creyó que debía hacer algo para aliviar los infortunios del prójimo y organizó sus limosnas. Para esto podía disponer de bastante dinero, porque sir Maingay, que desde la muerte del anciano Talbert, recibía en representación de su hija considerables rentas, pagaba con su propio dinero todos los gastos de ésta, y, es preciso decirlo, de la manera más generosa posible, porque no hay cosa que alivie más a la conciencia que un sacrificio de dinero.

Beatriz hizo todo el bien que pudo; cualquiera que se acercaba a ella contándole una historia lamentable, no se separaba descontento de su lado, y los que critican la distribución indistinta de las limosnas, no dejaron de decir algo de ese sistema, cuyo resultado en algunos casos no fué, sin duda, todo lo satisfactorio que era de desear, excepción hecha de otros muy dignos de mención. Esta ca-

ridad la puso en contacto con una mujer, a la que varias circunstancias, que no hacen al caso, hicieron descender desde un elevado cargo doméstico a la miseria más horrosa, y que cuando conoció a Beatriz iba a sucumbir a las privaciones. Escuchó el relato de sus desdichas, acudió en su ayuda haciéndola cuidar y facilitándole cuanto necesitaba. De este modo convirtió a aquella mujer en una esclava, adicta y sumisa, pronta a sacrificarse por su salvadora. Creyéndola capaz de serla útil, estrechó aún más los lazos torándola a su servicio a pesar de las continuadas recriminaciones de su tía.

Esto sucedió al principio de su permanencia en casa de su tía la señora Erswine. Los estudios ya comenzados siguieron su curso, y puede decirse que en gran parte Beatriz fué su propio confesor. Un día se le ocurrió la idea de que podía dedicarse al dibujo, pero como su ambición artística no se limitaba a esas cosas de arte que los escolares hacen admirar a sus familias y a los amigos de éstos, necesitaba un verdadero maestro. Una visita, una señora conocida de su tía, la dió un nombre y unas señas que a ella la diera otra conocida suya. Beatriz escribió al artista pidiéndole sus condiciones, y éste se apresuró a responder enviando los datos que le pedían. Volvióla a escribir de nuevo aceptándolas y fijando cuál había de ser el día en que había de darla la primera lección. Así hizo su aparición Mauricio Hervey en la existencia de Beatriz.

Al verle ésta por primera vez quedóse muy sorprendida al hallarse en presencia de un hombre de veinticuatro años, pero la edad de un profesor de dibujo es de poca importancia si tiene talento. Esto era lo más interesante, importando muy poco que tuviese veinticinco o cuarenta años. La señora Erswine se inquietó muy poco por esta particularidad, pues todo lo que sabía era únicamente que su sobrina daba lecciones tres veces a la semana con un profesor. Ni siquiera manifestó curiosidad por saber su nombre; para ella era el profesor de dibujo, ni más ni menos. ¡Cuántas señoras nobles habrían pensado y piensan como ella!

Para comprender lo que va a seguir, es preciso fijarse en dos hechos y no olvidarlos. El primero es que cuando esto sucedía, Beatriz no era la belleza imponente y esqui-va, cuya supuesta frialdad tanto admiraba a Horacio y,



Herberto y llamaba tanto la atención y excitaba la curiosidad de Frank Carruthers. No tenía más que dieciocho años. Y aunque era orgullosa, sobre todo romántica y de naturaleza escogida, estaba, a pesar de la caída del ídolo paternal, llena de confianza hacia la humanidad entera. Veíase completamente sola, ávida de cariño, y a pesar de la posición elevada que ocupaba su familia, su vida se presentaba triste y sin objeto, como un largo camino cuyo fin no se ve. Creía, en fin, lo que suelen creer todos los jóvenes: lo de que en materias que se relacionan con su felicidad son ellos los únicos y mejores jueces.

El segundo hecho del que no conviene olvidarse, es que Mauricio Hervey a los veinticinco años no se parecía en nada al rencoroso e insolente granuja a quien visitó Sarah en el presidio de Portland, ni en él se veía nada que revelase al miserable y astuto burlón al que encontró en la avenida de Hazlewood después de su salida del establecimiento penitenciario. La careta tras la que se ocultaba cuando Beatriz le conoció, le sentaba admirablemente y disimuló, mientras él lo creyó conveniente, la bajeza y la cobarde vileza de su condición. Era apuesto y elegante, y si algo en él revelaba al bohemio, era precisamente lo que necesitaba para armonizarlo con la profesión que había abrazado y hacerle aún más seductor. Sus manos, extremidades a las que las jóvenes suelen dar importancia quizás excesiva, eran blancas y de una forma perfecta. Mostróse, en fin, desde el primer día atento y lleno de respeto en el ejercicio de sus funciones, y poco a poco fué adquiriendo, pasadas las primeras lecciones, respetuosa confianza.

Debíase esto a que durante ese tiempo había averiguado mucho respecto a su discípula, y si bien no sabía todo lo que deseaba, había llegado a sus oídos lo necesario para ilustrarle. Supo que Beatriz era hija de un baronet y además heredera rica, pero no pudo averiguar con certeza la cantidad exacta a que ascendían sus rentas presentes o futuras, ni de quién las heredaría. No obstante, a pesar de este resultado, tuvo por ciertas las noticias y maniobró en consecuencia. Empezó por excitar simpatías hacia su indigna persona, inventando las mentiras más audaces acerca de su triste destino, y de los desengaños que experimenta el hombre que, sintiéndose animado por el genio, se veía obligado incesantemente a correr de casa en casa

dando lecciones de dibujo. Eran éstas hábiles mentiras, porque no tenía esa fe en su talento que suele animar a tantos pintamonas como andan por ahí, diciendo que son genios no comprendidos. Constábale, por el contrario, perfectamente, que en rigor podía llegar a ser un buen profesor de dibujo, pero que no había nada en él que anunciase al artista de genio superior.

A pesar de esto, no vaciló en hacer creer a Beatriz que con el tiempo estaba destinado a eclipsar las glorias de todos los miembros de la Academia Real, y cuando la joven adquirió esta convicción, dejó de existir para ella toda diferencia de posición o de fortuna, porque todos saben que en este siglo en que vivimos, ha de verse el triunfo del arte. Los poetas y artistas necesitados no imploran la caridad de los grandes señores, sino que éstos son los que ruegan vayan a comer a sus casas y les colman de distinciones. Así que no debe extrañar que tan pronto como Beatriz se convenció plenamente de que Mauricio era un hombre de genio, desapareciesen todas las diferencias sociales entre ambos. Las lecciones se fueron haciendo cada día más largas, y la conversación ganando terreno sobre el dibujo. Hervey no carecía de cierta cultura, o al menos supo servirse ventajosamente de la dosis de educación que recibiera. El primer indicio que se manifestó en Beatriz, fué un principio de inquietud al pensar que tenía que pagar con dinero los servicios del joven. A éste siguieron otros síntomas generalmente muy marcados, sobre todo si la persona en que se observan tiene dieciocho años.

Tan luego como Hervey se vió elevado al mismo nivel que su discípula, precipitó los sucesos, para lo cual tenía sus razones apremiantes y sólo conocidas de él. ¿Le ayudó su audacia? Sea como quiera, el resultado es que un hermoso día se atrevió a rechazar lápices y difuminos para confesar sus sentimientos a Beatriz, declarando que si no correspondía a estos sentimientos, huiría para no volverla a ver. La respuesta fué tal y como él la deseó, porque Beatriz había encontrado al príncipe encantador de sus cándidos ensueños.

Quiso escribir a su padre, y cosa extraña, el príncipe encantador no aprobó este deseo; pues con la mayor modestia hizo mil objeciones y manifestó que sir Maingay no dejaría también de hacerlas. Manifestó además que no



era tan egoísta que quisiese obligarla, ni siquiera proponerla que esperara a que se cumpliera el plazo legal para apelar al conocido procedimiento de los requerimientos judiciales a la familia. Al contrario, declaró que no podría vivir ni un mes más sin que fuese su esposa, e insistió mucho más cuando Beatriz le dijo en una ocasión de una manera indirecta que al llegar a su mayor edad entraría en el goce de rentas cuantiosas. Lo más conveniente era que se casasen inmediatamente, puesto que una vez todo terminado obtendrían fácilmente el consentimiento de sir Maingay, ¡que su amada Beatriz se dejase guiar por él!

Beatriz vaciló, pero Mauricio insistió tanto, que como otras muchas jóvenes de su edad, se dejó guiar por el hombre al que amaba. Este consentimiento dió origen a la primera mentira, porque Beatriz dijo a la señora Erswine que iba a pasar quince días a casa de una antigua amiga de colegio que vivía en Bournemouth. Al decir esto la animó el pensamiento de que no mentía por completo, puesto que iba a aquella población, en donde en efecto, no dejaría de ver a una de sus amigas que tenía allí. Por lo que respecta a su padre, Beatriz se consoló pensando que puesto que él se había casado a su gusto, comprendería fácilmente que ella tenía motivos para hacer lo mismo. Esta especie de razonamientos por analogía son muy comunes entre los jóvenes, aparte de que pronto conocería a Mauricio y éste no tardaría en captarse las simpatías del baronet. Marchóse a Bournemouth, pero antes se casó secretamente con Mauricio, y la quincena que allí pasaron fué la de la luna de miel.

Suele suceder en algunas ocasiones que la luna de miel con sus rayos disipa las nubes a través de las cuales una recién casada se complace en contemplar al hombre que eligió, y a Beatriz le ocurrieron cosas muy extrañas. Al principio su marido continuó obstinándose en no dar ninguna noticia a sir Maingay, acerca de la felicidad de su hija, y Beatriz, no queriendo contrariarle, consintió por el momento en dejarse guiar por su elevada experiencia. A los pocos días se presentó el cartero con un pliego dirigido a Hervey. Beatriz contempló con curiosidad la operación de abrirlo, y vió que contenía un documento que era una copia del testamento de Guillermo Talbert. Hervey dijo a su esposa que, interesándose por sus asuntos y creyendo

necesario conocerlos a fondo, pidió aquella copia. La explicación bastó por el momento, y Beatriz le propuso alegremente que se sentase a su lado para enterarse del testamento, en lo que Mauricio no tuvo inconveniente.

Hervey se enteró con gran satisfacción de que un tercio de la fortuna había sido legado a Beatriz, o mejor dicho, a Horacio y Herberto en representación de ésta. A esta cláusula seguía otra declarando que si antes de llegar a su mayor edad Beatriz contraía un matrimonio desigual o desproporcionado, o que sus tíos lo tuviesen por tal, éstos adquirirían derechos sobre la fortuna de la joven, derechos que se parecían mucho a los de la propiedad. El anciano Talbert lo previó todo y no quiso que su nieta, antes de que llegase a la edad de la razón, fuese presa de los que andan a caza de una dote. Al dar lectura de esta cláusula en que se consigna claramente el deseo del testador, tanto que ella misma lo comprendió perfectamente, Beatriz levantó la cabeza para mirar a su marido y vió un rostro trastornado, miradas iracundas, manos que temblaban a impulsos de la ira y labios contraídos a través de los cuales escapábanse horribles blasfemias. No supo darse cuenta de la naturaleza de la sensación que en aquel instante experimentó, pero en su corazón sintió una tortura cruel y sin decir una palabra se puso en pie y abandonó la estancia. Mauricio no tardó en salir tras ella; excusándose lo mejor que pudo creyendo haberla calmado, pero la duda —una duda cruel, horrible para una mujer joven—habíase clavado como un puñal en su corazón. Desde aquel instante creyó que su marido no se había casado con ella por su persona, sino por su dote. Al día siguiente Hervey pretextó que tenía que arreglar algunos asuntos, según dijo. A Beatriz no le agradó mucho esta salida, pero haciendo poco que estaba casada, no sabía que las mentiras se ocultan con mucha frecuencia bajo el pretexto de los negocios y no lo recriminó, pero sí presintió que «los negocios» de su marido se referirían al testamento.

La duda que asediaba su espíritu convirtiéndose bien pronto en realidad. Cosa extraña, o mejor, muy natural. Beatriz no deseaba ya informar a su padre acerca de su casamiento, pues entreveía confusamente la profundidad del abismo al que se dejó arrastrar. Convinieron en que Beatriz volvería a casa de la señora Erswine, y como una pri-



mera mala inteligencia no basta para romper las relaciones entre marido y mujer, se convino también que Mauricio alquilaría una habitación por allí cerca, a donde podría ir su esposa del mismo modo que una discípula va a casa de su profesor de dibujo.

El personaje habíase vuelto a poner la careta y parecía tomar a pecho la tarea de borrar hasta el recuerdo de la escena del hotel de Bournemouth. La careta cayó una vez, y Beatriz, a pesar de su imprudente conducta, no era ninguna tonta; volvióse, pues, a casa de su tía con el corazón destrozado, y comprendiendo que durante aquellos quince días había envejecido unos cuantos años. La señora Erwine no se tomó ningún interés por aquel viaje, limitándose a desear que su sobrina se hubiese divertido.

Beatriz era muy desgraciada, y a pesar de sus esfuerzos para rechazarlo, apoderábase lentamente de su ánimo un temor indecible que no acertaba a explicar, añadiéndose a esto que se sentía necesitada de simpatía y expansión. Semejante secreto era muy pesado para ella, y entonces fué cuando lo confió a su criada Sarah, cuya adhesión y fidelidad garantizaban su discreción y ésta, que no obstante sus monomanías religiosas tenía mucha experiencia y sabía lo que era el mundo, comprendió en seguida lo que significaba aquel casamiento, y ocultó el pesar que la causó la noticia; mas deseando calmar sus inquietudes, adquirió acerca de Hervey todos los informes que le fué posible, siguiéndole y espiándole y no habló ni una palabra a Beatriz del resultado de sus indagaciones. Hay que hacerla justicia y manifestar que si hubiese encontrado en Mauricio el ideal que ella soñara para Beatriz, habría dirigido al cielo las más ardientes acciones de gracias.

Un día hallábase Beatriz de visita en casa de su esposo, que de repente se volvió hacia ella.—Necesito dinero—dijo,—es inútil andar dando tantos rodeos.

—¿No tenéis dinero?—preguntó Beatriz.

—Me quedan veinte libras de la cantidad que pedí prestada—contestó a Beatriz que esperaba una petición de esta naturaleza, por más que Hervey la dijo y repitió que se crearía una posición y buenas ganancias con la enseñanza del dibujo, de modo que al casarse podía considerar el dinero como una cosa secundaria, pero a pesar de esto no dejó ni por un solo momento de atormentarla el temor de

que esto no era cierto. Una petición como la que acababa de oír hizo que la duda se convirtiese en certeza. Sin contestar nada más, sacó su portamonedas y vació sobre la mesa el contenido. Mauricio se echó a reír desdeñosamente.—No es una bagatela como esa la que necesito. Para dentro de quince días me hacen falta mil libras.

—¿Por qué os dirigís a mí? ¡No las tengo!—respondió Beatriz. La frialdad con que se expresaba era independiente de su voluntad, porque no hubiera podido dominarse.

—Las tendréis si queréis tenerlas; ¿lo queréis?

Beatriz le miró con mucha firmeza.—Sois mi marido—contestó.—Si puedo, quiero.

—Lo sabía—respondió Mauricio riéndose nerviosamente.—Todo lo que tenéis que hacer se reduce a firmar una garantía que comprometa el capital y los intereses de vuestras rentas durante un número determinado de años.—Lo haré. Sois mi marido.

—Es necesario también—añadió acompañando a sus palabras una mirada de maligna expresión,—que hagáis una simple petición, una simple formalidad: la de que os declaren mayor de edad.

La verdad es que Mauricio había ido en busca de algunos usureros, y sin decirles ningún nombre quiso negociar un empréstito sobre las garantías que podía ofrecer la fortuna de su esposa. Algunos se echaron a reír, pero descubrió uno cuyo sistema consistía en no negarse jamás a prestar dinero admitiendo como garantía un pagaré o una declaración falsa, con tal que los amigos del falsario o del perjuro fuesen de esos que prefieren sacrificar el dinero antes que pasar por las horcas caudinas de un escándalo ante el tribunal.

—No comprendo bien lo que queréis decir—respondió Beatriz que no quería comprenderlo.

—Es una simple formalidad, mi querida niña, que no tiene ninguna importancia. Jurad únicamente que tenéis veintidós años y nadie lo dudará—dijo Mauricio, y Beatriz se cubrió el rostro con las manos, y a través de sus dedos se deslizaron algunas lágrimas. Hervey quiso acariciarla y le rechazó con un ademán triste, pero lleno de firmeza.—No puedo hacerlo—murmuró, y Hervey frunció el entrecejo.—¡Por el demonio que lo haréis!—replicó con arro-



gancia y su esposa se puso en pie.—No lo haré—contestó con un tono que indicaba bien a las claras que obedecía a una resolución tomada de antemano.—Todo lo que puedo hacer en vuestro obsequio, es entregaros las alhajas que tengo en mi poder. El único favor que os pido es que las utilicéis de manera que pueda volverlas a recobrar. Tomadlas; la mayor parte las heredé de mi madre.

Hervey tenía la seguridad de que el valor de todas ellas reunidas no era lo suficiente para salvarle, e insistió, por tanto, para que Beatriz hiciese la declaración. Al principio razonó, luego ordenó y acabó suplicando de la manera más vil, y a medida que iba acumulando baja sobre baja para obtener un puñado de libras esterlinas, borrábase del corazón de la joven todo sentimiento de amor. Débese esto a que el amor puede sobrevivir a los malos tratamientos y a la infidelidad, pero la baja le mata.

Beatriz se levantó y se marchó antes de que Mauricio tuviese tiempo de detenerla. Cumplió su promesa al pie de la letra, y aquella misma noche Sarah Miller llevó a casa de Mauricio un voluminoso paquete formado por sus alhajas, entre las que había algunas de bastante valor. A la cuenta, sir Maingay, teniendo confianza en su hija o temiendo que si tardaba en dárselas no se las daría nunca, entregó a ésta parte de las que pertenecieron a su madre. Hervey pudo conseguir que le adelantasen algunos centenares de libras mediante aquella garantía. Creo necesario manifestar en honor suyo que hizo llegasen a poder de Beatriz ciertos misteriosos recibos, con cuyo auxilio pudo más adelante recobrar los preciosos objetos, memorias queridas de la que ya no existía y de las que se privara para hacerle un gran favor.

A los tres días de ocurrido esto, Sarah hizo un descubrimiento, o por mejor decir, completó el resultado de sus investigaciones acerca del verdadero carácter de Hervey. Con su tenacidad en espiarle y en preguntar acerca de él en todos los rincones de su vecindad, averiguó que aquel miserable sostenía desde hacía algún tiempo relaciones con una joven. Con la mirada chispeante de ira, Sarah se presentó ante su señora para darle cuenta de lo que ocurría. Esta la escuchó en silencio, y después, con mucha gravedad, porque la sucesión de los acontecimientos la había convertido en una mujer, dijo:—Veré al señor Her-

vey, Sarah, y si es preciso le veréis también. Tened entendido que si vuestras noticias son falsas, os separo inmediatamente de mi lado.—Llévose consigo a Sarah, y haciendo esperar a ésta en la calle, entró en casa de su marido. Allí, fríamente y sin aparente emoción, le dijo cuanto respecto a su conducta había averiguado, y para completar la acusación citó el nombre de la calle y el número de la casa. Desde luego no es necesario asegurar que Hervey negó. Al oírle, Beatriz contestó que iba en busca de la persona que estaba enterada y que a ésta podría confundirla. Hervey se arrancó definitivamente la careta, y contestó brutalmente a su esposa que le dejase en paz y no interviniese en sus asuntos. Beatriz comprendió que Sarah decía verdad, y en aquella ocasión el odio y el desprecio reemplazaron para siempre al sentimiento, borrado ya, que sintiera en un momento de obcecación por aquel hombre. No volvió a verle más que una vez; pasados algunos días Mauricio la escribió rogándola fuese a su casa y en caso de negativa, amenazándola con que iría a la suya. Beatriz accedió a sus deseos, pero no por temor, pues le despreciaba demasiado para temerle.

Casi sin rodeos entabló de nuevo sus gestiones para que Beatriz hiciese la declaración falsa.—No la hago—respondió ésta.

—¿Queréis telegrafiar a vuestro padre diciéndole que necesitáis mil libras esterlinas y que se trata de una cuestión de vida o muerte?

—No quiero y querría que no las enviase aunque yo pudiese hacerlo—le dijo, y Hervey, que empezó a conocer a su costa el verdadero carácter de su esposa, comprendió que nada la haría ceder. Lanzó una horrenda blasfemia y levantando la mano la golpeó, revelándose así su brutal naturaleza. La abrumó con sus reproches, humillaciones e injurias, diciéndola que no se casó por cariño sino para evitar su ruina, obteniendo de ella la pequeña cantidad que necesitaba, y juró que se vengaría de su obstinación arrastrando por el lodo su ilustre apellido, haciendo que maldijese mientras viviese el día en que se negó a plegarse a sus caprichos. Se separó Beatriz de su lado después de oír este torrente de groseras injurias, y volvió a su casa enferma, y apenas llegó cayó desvanecida al suelo.

Pasaron tres días, y leyó en los periódicos que Hervey



estaba preso y que se le seguía causa criminal por falsificación de billetes de Banco. Halló medio de hacer que llegase a sus manos una carta preguntándole si tenía dinero para pagar un abogado que le defendiese, y la respondió que estaba dispuesto a confesar francamente su delito. Así lo hizo, y como la falsificación resultó premeditada y muy audaz, le condenaron a cinco años de trabajos forzados. Al leer su sentencia Beatriz exhaló un profundo suspiro de alivio. Entonces fué cuando, dejándose llevar por el lado más débil de su naturaleza, condición que heredara de su padre, se dejó arrastrar por los acontecimientos sin oponerles ningún obstáculo. A una joven de dieciocho años la pareció que cinco años no debían concluir tan pronto, semejándose en esto a un colegial que cree que cinco soberanos de oro duran toda la vida. El recuerdo de su desdichado casamiento no la molestaba ni más ni menos que el de una horrible pesadilla. ¡Cinco años! ¡Cinco largos años! Para ella era indudable que ocurriría alguna cosa antes de que terminase tan largo plazo. ¡Algo inesperado sucedió! ¿Qué la sucedió al comprender por vez primera la verdad? Cuando vió que no podía engañarse durante más tiempo, cuando para hablar con toda claridad se presentaron los primeros síntomas de la maternidad, entonces y sólo entonces rogó Beatriz a Dios para que enviase a la muerte que la librase de la pesada carga de la existencia. Ni en aquel caso quiso confesar nada; tenía ante sí tiempo, mucho tiempo, y si podía ocultar este nuevo acontecimiento como ocultó su matrimonio, podía aún vivir algunos años en paz.

Sarah se enteró de lo que había ya adivinado, y se puso por completo a disposición de su señora. El niño nació sin que nadie, excepción hecha de la madre y la criada, sospechasen la verdad.

Por muy dura que fuese esta prueba, no lo fué para Beatriz, ni mucho más ni mucho menos que para tantas otras que, sin ayuda ni socorro de ningún cariño, se ven obligadas a ocultar a todos lo que causaría su pérdida en el momento en que dejase de ser secreto. Beatriz tuvo la suerte de encontrar en Sarah una mujer adicta y experimentada que lo arregló todo. Abandonó a su señora en un momento dado, cual pudiera hacerlo cualquiera otra criada por un fútil motivo, y encontró y dispuso un lugar seguro y reti-

rado para cuando llegase el caso, y si la adhesión y la fidelidad alivian en algo el propio dolor en circunstancias semejantes, Beatriz pudo decirse que era cierto, porque cuanto puede idear el cariño de una mujer, lo ideó Sarah para aliviar su dolor. ¡Como es natural fué preciso mentir...! La mentira ocupó en adelante un puesto preferente en la vida de la joven. Fué preciso decir que la habían invitado a hacer una visita a casa de unos amigos, visita de la que volvió Beatriz no siendo la sombra de sí misma, pero nadie supo ni adivinó la verdadera causa.

Hasta el día en que nació el niño, el más ardiente deseo de Beatriz, lo que con más ansia pidió a Dios, fué la muerte para ella y para su hijo. ¿Puede haber una súplica más triste para una mujer? Si esto sucedía todo el mundo sabría la verdad, y una muerte prematura sería la expiación de su locura. Las pocas personas que la querían la perdonarían y tendrían compasión. La súplica, empero, no fué escuchada, y la muerte no quiso llevarse tras sí ni a la madre ni al hijo. Nació éste, y al reposar su cabecita en el seno de su madre, un sentimiento extraño, desconocido e irresistible se apoderó de ésta, el sentimiento avasallador del instinto maternal. Beatriz, que juró, si el niño vivía, odiarle a causa de su padre, amó con ternura infinita, con afección ardiente a aquel chiquitín inocente que no la tenía más que a ella en el mundo. Lejos de desear su muerte o de pesarla que hubiese nacido, derramó abundantes lágrimas cuando al volver a casa de su tía tuvo que dejarle abandonado a los cuidados de la fiel Sarah. Durante algunos años, sólo le vigiló a intervalos, viéndole crecer y ofrecer el tipo de la belleza infantil, y al cabo, cuando volvió a instalarse en casa de su padre, comprendió que las visitas a su tesoro iban a ser muy raras, y se apoderó de su alma apasionada un deseo salvaje de tenerle a su lado y verle todos los días y a todas horas.

En esta ocasión fué cuando estalló la segunda reyerta y el cambio de residencia. Al mismo tiempo que se dirigía a casa de sus tíos ocurriósela el proyecto de hacer que fuese a parar allí también su *baby*, y al llegar debía bosquejarse este proyecto con más precisión para llevarse a cabo con el éxito que hemos visto. Entretanto, iban transcurriendo los cinco años, y al finalizar el quinto Beatriz entrevió una aparición que le hizo estremecer, la de un presidiario licen-



ciado que se presentaba a reclamar su esposa. Anteriormente experimentó el cruel temor de que durante el proceso revelase ante el público el secreto de su casamiento, aunque no fué más que para ejecutar la amenaza que la hiciera de arrastrar su nombre por el lodo. A pesar de esto no habló, y lo hizo porque era astuto y previsor; la condena no le pareció eterna, y una vez terminada, pensó que ya en libertad, el secreto era de esos que podría servirle para utilizarlo y crearse una posición desahogada. Cuando esto sucediese, Beatriz habría llegado a su mayor edad y se hallaría en posesión de todas sus rentas. De este modo pensaba vengarse completamente de la obstinación que manifestó, negándose a ser perjura y a facilitarle los medios de pagar y hacer desaparecer los billetes falsos, pero así contaba con poder sacar dinero.

Tal era la historia de los cinco años, y que Beatriz repasaba en su imaginación en el momento que de ella nos ocupamos. Tales eran el marido y mujer que debían encontrarse al día siguiente como dos enemigos encarnizados que se aprestan a un duelo sin misericordia. Y por cima de todos estos, otro pensamiento absorbía completamente el espíritu de la joven; otro nombre acudía a sus labios, no con el acento del odio, sino con el del amor, pues si intentó engañarle a él no consiguió nunca engañarse a sí misma.

Amaba a Frank Carruthers, y esto la pareció que era la parte más cruel de su castigo. Sollozando confesó a la fiel Sarah su secreto, y llorando amargamente durante noches tan tristes como su pena, pensaba en lo imposible de su amor. La presencia de Frank en Oakbury no hizo más que aumentar su dolor, y desde entonces no sólo tenía que lamentar lo que «había sido», sino deplorar que su destino no la permitiera llegar a lo que «hubiera podido ser».

¡Recriminadla o perdonadla, pero ante todo, tenedla compasión!

## XXII

### Orgullo quebrantado

Un hombre que va a batirse tiene que hacer sus preparativos, y el duelo para que se disponía Hervey era especial, y sus preparativos tenían que serlo. Consistieron en dar a la habitación que ocupaba, que por cierto era muy limpia y hasta podría decirse elegante, el aspecto más desordenado y lo más repugnante posible. En vez de mandar que quitasen la mesa y retirasen los restos de su almuerzo ordenó que añadiesen a ellos una botella de aguardiente, un vasito, y a su lado, en la mesa, colocó una pipa y una bolsa con tabaco negro. Con gran satisfacción suya halló en uno de los cajones de la cómoda una sucia baraja que colocó también en el sitio más visible. Prohibió que hiciesen la cama, de modo que dejando la puerta entreabierta la persona que fuese allí tenía la ventaja de ver un dormitorio sin arreglar. En resumen, que sacó el mejor partido posible de todos los elementos de que disponía.

Tuvo buen cuidado, además, de que su tocado estuviese en armonía con el desorden de la habitación. Calzóse unas babuchas que ajó y dobló, y como su ropa era demasiado nueva para que pudiera darle el aspecto apetecido, se puso una camisa sucia, desató la corbata, y dejando desabrochado el chaleco, consiguió lo que se proponía, adquiriendo la apariencia deseada. La malignidad más refinada dictó todos estos preparativos; moralmente hablando, quería obligar a Beatriz a que doblase ante él la rodilla, y su crueldad



haciale comprender que una humillación sufrida en semejante sitio había de ser mucho más penosa.—¡Condenación!—murmuró mirando a todas partes con aire satisfecho.—¡Cuánto siento no tener a mano un traje de presidiario! Confieso que me lo hubiese puesto con gusto para haceros los honores de la casa, mi hermosa señora.

Dijo a la criada que si iba una señora que la hiciese subir, y dada la orden encendió un cigarro y se tendió en un sillón. A las doce en punto y en el instante en que se preguntaba si Beatriz se presentaría o no, y en caso de que fuese esto último si sería conveniente que fuese a buscarla, abrióse la puerta y entró la joven. Mauricio se echó a reír con socarronería, y sin cambiar de postura la miró cara a cara. Con una mirada abarcó Beatriz el aspecto de la habitación y el de la persona que la ocupaba, y Mauricio lo adivinó al ver el estremecimiento de las ventanillas de la nariz, el fruncimiento de las cejas y el pliegue despreciativo de su boca. Y sin dejar de mirarle ocurriósele un solo pensamiento que durante unos cuantos instantes se apoderó con tenaz insistencia de ella; ¿cómo, ni aun en medio de la inocencia propia de la adolescente, pudo amar a aquel hombre un día, siquiera una hora? ¡Aquel rostro embrutecido y que revelaba malas pasiones era el que a ella le pareció en otra época tan hermoso, cuando a la sazón pocas criaturas humanas la habrían inspirado más repugnancia! No le temía porque sabía lo peor que podía hacer, la pena más dura que pensaba imponerla, o al menos se figuraba que lo sabía.

—¡Y bien! Heos ahí, mi querida mitad—dijo Mauricio quitando la ceniza del cigarro con la punta del dedo y mirándola de pies a cabeza.—¡Os habéis convertido en una mujer preciosa, en una verdadera elegante a la última moda! ¡Apostaría cualquier cosa a que sin mí no se os hizo largo el tiempo!

Beatriz tembló al oír estos cumplimientos burlones a la par que groseros, pero no bajó la mirada que tenía fija en él.—¿Tenéis algo que decirme? ¡Hablad!—respondió con acento glacial.

—¡Que deciros alguna cosa...! ¡Y yo que pensaba que por el contrario seriais vos la que tendríais que decírmela a mí! ¡Vos que me enviasteis a vivir entre miserables durante cinco años y que no quisisteis tenderme la mano para sal-

varme! ¿Qué tenéis que decirme?—Su acento era cínico y mal intencionado. Beatriz no quiso contestarle hablando de sus propios sufrimientos, que no se podían comparar al justo castigo sufrido por Mauricio.—¡Cerca de cinco años!—continuó diciendo.—¡Pensadlo bien! ¡Cinco años de un trabajo forzado, penoso y monótono! ¡Y esto todos los días, todas las semanas, todos los meses! ¿Y ahora, mi querida esposa, qué esperáis de mí? ¿Besos o golpes?—Y se mostró burlón y aquel tono hizo más sensación a Beatriz que el que ocultaba en otro tiempo su verdadera naturaleza. Se puso en pie y se acercó unos cuantos pasos a su esposa al pronunciar estas últimas palabras.

—Las dos cosas recibí de vos—contestó Beatriz lentamente y con amargura,—y para mí es hoy más degradante la memoria de los besos que la de los golpes.—Al oír Mauricio esta frase despreciativa, frunció el entrecejo y se acercó aún más a ella. Encima de la mesa había un cuchillo de esos que tienen punta muy afilada. Los dedos de Beatriz se crisparon involuntariamente alrededor del mango.—Si me tocáis—añadió con mucha calma,—creo que os mataré,—y a Mauricio le constaba que era muy capaz de hacerlo y, sin duda, para evitarlo se tendió en un sillón echándose a reír.—¡Vamos!—exclamó.—Eso quiere decir que venimos a tratar de negocios.

—Sí, es lo único que podemos tratar.

—Sentaos, porque no puedo hablar si os empeñáis en permanecer en pie.—Para demostrarle que no le temía se sentó Beatriz.—Ahora vamos derechos a nuestro objeto—añadió Mauricio.—¿Qué es lo que tenéis que proponerme? Soy vuestro esposo y os consta que a pesar de ese aire de gran señora, tengo cogido el látigo por el mango.

Beatriz le miró y se preguntó otra vez si era posible que ella hubiese amado a semejante miserable.—He aquí lo que pienso hacer—le respondió;—si cumplís ciertas condiciones, os ofrezco la mitad de mis rentas.

—¿Y a cuánto puede ascender eso?

—Dos mil quinientas libras por año, me dicen.

—¡Mentis!—replicó con mucha grosería Hervey.—Es mucho más de lo que confesáis.—Beatriz enrojeció, hizo un movimiento como para levantarse y se volvió a sentar sin contestar.—Pasemos por esa cantidad—añadió Mauricio.—Veamos cuáles son las condiciones.



—Haréis lo posible por no verme, no me atormentaréis, ni revelaréis a nadie que soy vuestra esposa.

—¿De modo que habéis guardado el secreto?

—Sí, con todo el mundo, excepción hecha de una sola persona, de mi fiel Sarah, a quien se lo conté todo.

—¡A esa vieja bruja! ¿esperaríais que me muriese antes de cumplir los cinco años de mi condena?

—No, pero yo creí que me moriría—contestó con sencillez Beatriz, y hasta entonces todas las ventajas del duelo habían sido para ella, pero le llegó el turno a Hervey.—Escuchadme—dijo;—yo también haré una proposición, impondré condiciones.—Beatriz bajó la cabeza.—Poseéis una renta de dos mil quinientas libras esterlinas por año. Las quinientas bastan para una mujer, y las dos mil serán para mí.—Beatriz no contestó, permaneciendo silenciosa unos cuantos minutos.—Sí, no tengo inconveniente—dijo.—Haré eso al menos durante algunos años.—Hervey se echó a reír maliciosamente.—¡Qué placer más grande el de que a uno le odien de esa manera! ¡Jamás saqué gran provecho del amor de una mujer, y ahora me va a ser muy útil su odio! Ahora, escuchadme las condiciones.

—Ya dije cuáles eran—contestó fríamente Beatriz.

—Os digo que escuchéis las mías—replicó Hervey hablando con amenazadora seriedad y apoyando la mano en la mesa.—Me iré, no volveré a veros, ni os atormentaré más, al menos mientras paguéis, pero antes de mi partida —y para decir esto se inclinó y dijo con voz ruda:—antes de que me marche vendréis aquí, a esta habitación, y durante un mes viviréis conmigo maritalmente, y todas vuestras amigas, esas elegantes visitas que recibís, sabrán que sois la esposa de Mauricio Hervey, falsificador, licenciado de presidio, y en este instante bajo la vigilancia de la policía. Después de conseguido eso, os dejaré tan pronto como reciba el dinero.—Beatriz no replicó nada, limitándose a arreglarse el abrigo y ponerse en pie.—Mi proposición no os conviene—repuso burlándose descuradamente,—pues podéis creer que es el resultado de muchos años de reflexión en que me pregunté de qué modo me vengaría mejor. Ahora os tengo en mi poder, cara esposa.

—¡Estáis loco!—respondió con desprecio Beatriz.

—¡Loco! ¡Nada de eso! ¡Qué! ¿Me abandonáis ya, des-

pués de tan larga separación?—Beatriz se dirigió hacia la puerta.—Supongo que ese abandono—dijo Hervey—significa que me dejáis en completa libertad de obrar contra vos.

—Sí, sois libre.

—Lo que quiere decir libre para tomar lo que la ley os obliga a cederme, porque debéis saber que la ley me concede alguna cosa.—Lo creo—contestó fatigada Beatriz.

—Pues bien, ¡sea! Tomaré lo que me concede la ley, ¿estáis enterada de lo que ésta dispone?—Y, al decir esto, en la voz de Mauricio y en su mirada triunfante se reveló algo que por vez primera hizo que Beatriz se estremeciese.—¿Sabéis acaso—prosiguió diciendo,—que la ley me concederá la guarda de un chiquitín de rubios y sedosos cabellos? ¿Que una mujer que abandona el domicilio conyugal no tiene derecho de retener a su hijo en su compañía? Este es el domicilio que os ofrezco. Suspiro por mi hijo y por vos, y lo pido. ¡Dádmelo! ¡Lo que es en esta ocasión sois mía!—Y en efecto, así parecía; su amenaza llegó a Beatriz al corazón. Lanzó una débil exclamación y hubiera caído al suelo a no agarrarse al respaldo de una silla.—No es verdad—murmuró.

—Id en busca de vuestro abogado y consultadle—la dijo Hervey,—que yo consulté antes al mío. ¡El niño vendrá conmigo! ¡Qué alegría más grande voy a experimentar teniéndolo a mi lado, y qué grande va a tenerla él cuando sea mayor y todos sepan que es hijo de un licenciado de presidio! ¿Aceptáis o no mis condiciones? Ya que humillé vuestro orgullo, no tendréis más remedio que venir aquí y declararos esposa de un marido ultrajado.—Mauricio no hablaba, sino que casi gritaba y se figuró que al fin había encontrado su venganza.

—Lo pensaré... lo pensaré—murmuró Beatriz.

—Eso es, pensadlo, que yo también lo he de meditar. Es preciso que averigüe si valiéndose de algún subterfugio pueden privaros de ese dinero, en ese caso sería preciso que os casaseis conmigo otra vez y no decir una palabra de nuestro primer casamiento.

—Dejadme que me marche—dijo Beatriz.

—Sí, podéis marcharos, pero volved pasado mañana y os diré lo que tenéis que hacer. ¡Ah! Cuánto más os hubiera valido darme el dinero que os pedí hace cinco años; os lo dije entonces que erais una insensata.



Beatriz no oyó estas últimas palabras, porque se salió de la habitación. Hervey se tendió en el sofá echándose a reír.—¡Venganza y riqueza!—dijo.—La haré que muerda el polvo y que se arrastre de rodillas ante mí a causa del niño antes de permitirle que lo conserve en su poder. Esta concesión me valdrá mucho dinero, ¡qué suerte! ¿Hase visto nunca cosa parecida?

XXIII

**De cómo Enrique aprendió una palabra nueva**

Personas competentes y entendidas me han asegurado que no hay nada que iguale, para sostener vuestra moral y elevar vuestro carácter, a un crédito sólido en casa de un banquero, porque dejando a un lado el interés y la alegría de avaro, semejante situación hace a uno moralmente capaz de afrontar los disgustos de la vida, le libra de las tentaciones, y que mire a sus semejantes con menos severidad, y le induce a no tener opinión alguna ante la sabiduría que organiza el mundo tal cual es. Si esto que me dijeron es cierto, el universal deseo de adquirir riquezas puede como resorte inicial favorecer la más noble de todas las causas. Considerandó en general el asunto, como la mujer tiene en más aprecio el dinero que el hombre, la posesión de un crédito semejante debe serla doblemente preciosa y fortalecedora. Con dinero una mujer se convierte en una potencia. ¿La concesión de una ley que reconoció a las mujeres el derecho de poseer bienes no trajo como consecuencia lógica su pretensión al derecho de sufragio?

Beatriz tenía en casa de los señores Furlong, Stephens Furlong, Seymour y Furlong un crédito de mucha cuantía. A esta casa, cuya razón social era tan larga, se la conocía, primero para evitar palabras y después por su antigüedad bajo el nombre de «Banco antiguo de Blacktown». De tanta importancia era el crédito, que Horacio y Herberto llegaron a alarmarse al ver tanto dinero en manos



de sus banqueros, porque con una regularidad envidiable los hermanos pagaron semestralmente la cantidad a que ascendían las rentas de Beatriz para que los señores Furlong y compañía la ingresasen en la cuenta corriente de ésta, y como quiera que Beatriz no empleaba ni la quinta parte, el dinero se reproducía con su proverbial fecundidad.

Hasta el día en que fué a vivir con ellos, los Talbert convirtieron este sobrante de las rentas en buenos dividendos, y esto lo hicieron sin consultar a nadie, creyendo que era mejor el destino que daban al dinero que emplearlo en fondos públicos, que sólo producen el cuatro por ciento. Durante el último año, Beatriz les pidió que dejaran el dinero como simple depósito en la casa de banca, lo que sus tíos se apresuraron a hacer. Así, como decía muy juiciosamente Horacio, no producía ni sombra de interés, y era una lástima poder disponer de semejantes cantidades y no emplearlas. Al llegar la anualidad no pudo contenerse más y se lo advirtió a su sobrina.—¡Eso es sencillamente un regalo que hacéis a nuestros amigos—muchos de los accionistas de la casa de banca residían en la vecindad—y de ese modo puede casi decirse que pagáis el sueldo de sus empleados!

—Tal vez por esa causa, el señor Stephens se mostró tan amable conmigo en la comida que dimos la semana pasada—respondió tranquilamente Beatriz.

—¡Lo tomáis a broma! Eso no significa nada a vuestros ojos, ¿por qué han de tener gratis vuestro dinero si cuando se les va a pedir prestado llevan el ocho por ciento?

Beatriz no quiso continuar la polémica y se limitó a contestar que prefería ver sus fondos parados durante algún tiempo y Horacio y Herberto acabaron por preguntarse si tendría ideado algún proyecto como dotar un hospital o reedificar la iglesia parroquial. El resultado fué que el dinero continuó durmiendo, y sin que nadie se acordase de disponer de él y Horacio nos explicó más arriba de qué modo hacen fortuna los banqueros, debiendo ser cierto que la página del registro encuadrado con rojo tafilete en que con letras góticas figura a la cabeza el nombre de Beatriz Clausón, debía ser una de las cosas que más agradase contemplar a los señores Furlong y compañía.

Entre los cajeros de la antigua casa de banca de Black-

town había uno—muy bien pudiera suceder que continuase allí todavía,—que brillaba con un esplendor especial, debido quizás a su elegancia y aspecto rozagante. Este joven, mucho más afortunado que algunos otros trabajadores en este mundo, demostró que había nacido para el cargo que le confiaran. Contaba enormes cantidades en moneda sonante, con la rapidez con que se pesa un objeto y con la seguridad de un cronómetro, y reconocía a la simple vista, cual si contara con una inspiración divina, un billete falso o un talón contrahecho, y levantaba un mal soberano con la misma facilidad que un buen sabueso la caza. Era un cajero, en fin, que valía sin regatear un céntimo su peso en oro, y muy digno de gozar un ascenso del que nos permitiremos creer goza en este instante.

Una mañana, aquella misma que designara Mauricio Hervey para su segunda entrevista con Beatriz y a los pocos minutos de haber descrito un respetable portero con librea los cerrojos y abierto las puertas, como proclamando que la casa de banca estaba dispuesta a hacer frente a todas las obligaciones, presentaron al elegante cajero un talón de mil libras pagadero a la vista al portador y firmado por *Beatriz Clausón*, dándose por cima del gran mostrador. Como el cajero no formaba parte de la buena sociedad de Oakbury le causó aquel nombre tan poca sensación como el de cualquier otra persona que podía ser joven o vieja, hermosa o fea, con tal de que el crédito de que disponía fuese igual a la suma que representaba el talón. Pero pensando con mucha cordura no pudo menos de llamarle la atención lo raro del hecho: que una señora se presentase a realizar un talón de aquel valor sin hacer ninguna ceremonia y presentándolo por cima del mostrador en vez de acudir al escritorio. Así que por esta causa, antes de hacer la acostumbrada pregunta de «¿qué clase de moneda deseáis?» dirigió a la persona portadora del talón una mirada al parecer indiferente, pero en el fondo muy intencionada.

No quedó muy satisfecha su curiosidad al ver a una mujer alta, de edad problemática y vestida de negro de pies a cabeza y en la que nada indicaba que fuese una acreedora a la casa o sencillamente portadora del talón. El cajero se inclinó sobre su mesa y la preguntó con mucha cortesía si era la señorita Clausón.—No, señor—respondió.



Y como no dijo nada más, la conversación terminó con esto. Al observarlo el cajero, no pudo menos de pensar que harían muy bien en revisar la organización de las casas de banca con el objeto de reglamentar un gran número de asuntos semejantes a éste. Durante unos minutos vaciló; por dos veces la pregunta arriba mencionada acudió a sus labios y otras dos la rechazó. Tenía la convicción de que el talón no sólo era legítimo, sino válido, pero por otra parte, una vez que su reputación de perspicaz estaba tan bien sentada y de una manera tan notoria, podía muy bien, por amor a la gloria, arriesgarse un tanto. Si se equivocaba no acarrearía ningún perjuicio a nadie, ¡y qué honra más grande para él si sus temores resultaban justificados! Viendo que el «portador» contemplaba el reloj con aire inquieto, decidióse a poner en planta su pensamiento.

Rogó a aquella mujer que esperase un poco, y dejándola bajo la vigilancia de su escribiente, salió por la puerta vidriera que permitía a los asociados ir de vez en cuando a asegurarse de que marchaba bien su máquina de hacer dinero. Fuése en busca de su jefe, le presentó el talón y le comunicó sus dudas. Una alarma de este género es contagiosa, y si os queréis convencer haced la prueba. Marchad con los dientes un soberano, hacedlo circular, y si a los dos días podéis volverlo a tener en vuestro poder, veréis que está mordido en todas partes hasta el extremo de no conocersele la efigie. Una moneda cualquiera debe estar por cima de todas las sospechas, porque una vez atacada y perdida su honra, no sirve más que para enviarla a la casa de la moneda a que la vuelvan a fundir.

Como era natural, sometieron la firma del talón a una confrontación con la de Beatriz Clausón, que existía en la casa de banca, y nada más lógico, dado que se había despertado sospechas, que no la encontrasen igual. El cajero se pavoneó y los banqueros se sonrieron con aire de aprobación. El joven, satisfecho con su triunfo, se volvió a su sitio.—Es costumbre—dijo—pedir referencias antes de pagar un talón que representa una cantidad tan considerable.—Y sin dejar de hablar fijó una mirada de águila en la persona que se titulaba representante de la señorita Clausón. La interpelada se volvió por un momento hacia la puerta dando muestras de agitación; mientras duró esta vacilación, el cajero experimentó una sensación parecida

a la de los vencedores después de la victoria. Sintióse orgulloso al pensar que había salvado a la casa de banca, impidiendo que se pagasen mil libras esterlinas. ¡Iba a castigar a la culpable! Estos méritos y servicios se traducirían en un aumento de sueldo, ¡oh, cajero feliz! Pero la pretendida culpable recobró muy pronto el uso de la palabra.—Ignoraba ese detalle—dijo,—y lo mejor que podéis hacer es bajar y hablar con la señorita Beatriz Clausón.

El golpe era terrible, pero aun había esperanzas. La señorita Clausón de que se trataba, muy bien pudiera ser una cómplice. Beatriz no se presentó nunca en la casa de banca; ¿de qué medio se valdría el cajero para probar su identidad? Dió cuenta a sus jefes de lo que ocurría y tuvo el disgusto de ver desaparecer de sus rostros la sonrisa de aprobación. El señor Stephens, anciano caballero de ojos grises, hermosa presencia y verdadero modelo de la escuela antigua, por su afabilidad y cortesía, tory (conservador) como debe de serlo todo opulento banquero que se estime, cogió el sombrero y se dirigió hacia la puerta y en un coche vió a Beatriz esperando acompañada del niño.

El banquero, usando una superchería, permitida no por el comercio, sino por la moral, fingió gran sorpresa y alegría al mismo tiempo al encontrar a Beatriz. Cumplimentóla por su buen aspecto, lo que no tiene nada de particular porque los ancianos caballeros de su escuela siempre gustan de hacerlo, y preguntó por sus excelentes amigos y vecinos. Hizo algunas observaciones acerca del estado del tiempo, y de si los días empezaban a ser más largos, dió unas cuantas palmaditas al niño y se retiró, deseándola mil felicidades y entrando otra vez en la casa como la persona más indiferente del mundo. No dijo nada a su cajero; pero sin duda debieron cambiar algún signo, porque sin vacilar más el joven preguntó a Sarah:—¿Qué clase de moneda queréis?

Por la primera vez desde que existía la banca podía consignarse en sus anales que esta frase se había pronunciado con emoción profunda. ¡Cuántas esperanzas se desvanecieron para el que preguntaba ante el imperceptible signo de su principal! Sarah pidió quinientas libras en oro y quinientas en billetes de Banco o en talones al portador



de cien libras cada uno. Contó el cajero el oro, pero temo mucho que aquella vez su destreza le abandonase...

Sarah guardó los billetes en el pecho y el saquillo de oro en su bolsillo, donde a cada movimiento rebotaba, pero de una manera tranquilizadora, al dar en su rodilla. Reunióse con su señora y dió orden al cochero que las llevase a la estación de Blacktown. Tomaron billetes para Paddington, y deseando hallarse solas se dirigieron al departamento de las señoras y todos sabemos que con mucha frecuencia se encuentran completamente desiertos esos asilos del bello sexo. Es sin duda halagüeño para los hombres ese empeño de las mujeres en buscar su compañía; pero muchos no lo saben apreciar debidamente sobre todo cuando después de haber contemplado un vagón vacío en cuya portezuela cuelga un cartón que dice: *reservado para señoras*, se ven obligados a meterse en otros que éstas llenan en sus tres cuartas partes. El tren echó a andar y Beatriz continuó inmóvil y pensativa. Sarah, en cuyas rodillas descansaba Enrique, no la perdió de vista ni un momento. Beatriz suspiró dolorosamente, levantó la cabeza y observó que su compañera de viaje tenía la vista fija en ella.—Nos seguiremos—dijo con voz temblorosa.

—Sí, si puede encontrarnos. ¡Pobre señora mía! Si puede os perseguirá a muerte, mas iremos tan lejos, que no nos encontrará, y allí esperaremos a que no pueda atormentarnos.

—¡Ah! ¿Y cuándo será?—suspiró Beatriz.

—El día en que sean oídas mis plegarias, ¡cuando contempléis su cadáver y seáis libre!

—¿Cómo os atrevéis a rogar a Dios por la muerte de un semejante? ¡Yo a quien engañó y ultrajó no me atrevería a hacerlo!

—¡Oh! ¡Señora querida! ¡Es muy diferente! Rogaríais por vos misma, y Dios no os escucharía, pero yo no imploro por mí y me escuchará.

—¡Callaos, Sarah, por Dios!—dijo Beatriz que se mostró siempre severa respecto a los extravíos religiosos de su criada, pero en aquel instante su exaltación religiosa había llegado a tal extremo, que no bastaba una orden de Beatriz para calmarla.

—¡Escuchadme!—dijo, con voz tan vibrante, que hizo abrir los ojos al niño.—Esta noche pasada tuve un en-

sueño, fué una advertencia. Miraba desde arriba en ese sitio en que algún día debe estar, en donde el gusano de tierra no muere nunca...

—¡Calmaos, Sarah, tranquilizaos!

—En donde el fuego no se apaga jamás... Vime ahí y a él le vi muy cerca de mí... ¡Oh! ¡Es indudable que Dios debe castigar! ¡pronto, muy pronto!

Su voz adquirió tal intensidad y sus ojos brillaban con tal fulgor, que Enrique, que hacía rato la estaba mirando con esa curiosidad peculiar de los niños, creyó que ocurría algo anormal y empezó a chillar enérgicamente.

—Ya veis, asustasteis a Enrique—dijo Beatriz con tono de reproche. Sarah se calmó inmediatamente; desapareció de su rostro la exaltación y se convirtió otra vez en la criada atenta.

Entretanto deslizábase rápidamente el tren y ellas huían en su compañía. ¡Huían! Sí, aquel viaje era una huida. La amenaza de Herveý había producido efecto y llevado la convicción al ánimo de Beatriz, a quien ni por un instante se le ocurrió poner en duda la veracidad de su aserción; a saber, la de que si no podía obligarla a vivir legalmente con él, a lo menos podía privarla de su hijo. En su vista, resolvió apelar a la huida para despistarle, ocultarse durante algún tiempo y dejarle que obrase contra ella como tuviese por conveniente. Si Mauricio revelaba su casamiento a los que la conocían o amaban, al menos la evitaba tan penosa confesión. No sabía dónde se establecería, pero sí tenía decidido salir aquella misma noche de Inglaterra. Lo mismo que sucedía siempre que el niño salía a la calle, llamó la atención, mientras estaban esperando en uno de los salones de descanso. Tan preciosa criatura hacía volver la cabeza a todas las mujeres y a la mayor parte de los hombres. En la primera parada que hizo el tren, una señora que le vió asomado en la portezuela del vagón hizo una seña a su esposo para que saliese del restaurant y contemplase la hermosa cabellera de Enrique.

Por muy agradable que fuese esta admiración para Beatriz, no dejó de causar algunas inquietudes a Sarah, y al arrancar el tren, se volvió hacia Beatriz diciéndola:—¡Es preciso, señora, es de todo punto indispensable!—Y Beatriz, que tenía en brazos a Enrique, le estrechó con fuerza contra su pecho.—No quiero, no puedo—contestó.



—Eso hará que todo el mundo nos reconozca aunque vayamos al confín del mundo.

—¡Oh! ¡Es una crueldad, Sarah! Mirad, es una lástima; vamos a probar si retorciéndole los cabellos podemos ocultárselos bajo el sombrero.—Y Beatriz intentó recoger la sedosa cabellera con horquillas, poniéndole encima el sombrero, lo que con el pelo al aire, dió al niño un aspecto bastante cómico. Estaba muy mono, y sobre todo cuando creyendo que se trataba de un juego tiró el sombrero, meneó la cabeza y se deshizo aquel moño improvisado, cayéndole por la espalda la dorada cabellera. Vuelta a empezar y a repetirse el mismo juego, que era muy divertido; pero Beatriz empezó a apenarse mirando tímidamente a Sarah que cada vez se mostraba más inquieta.—Nos seguirán a todas partes—dijo y Beatriz exhaló un profundo suspiro.—Dentro de poco habrá que vestirle de otro modo y hacer lo que hoy os cuesta tanto trabajo, señora—contestó Sarah.—No nos arriesguemos. Con seguridad que no hay una cabellera igual en todo el Reino Unido.

¡Qué espectáculo más extraño ofrecía aquella mujer ferrosa creyente en las leyes del destino y de la fatalidad razonando en momentos de lucidez con tanta claridad y buen juicio! Beatriz bajó las sedosas greñas y dijo que aquella operación era un sacrilegio. Sarah no respondió a esta observación limitándose a sacar unas tijeras y un periódico. La primera volvió la cara a otro lado para ocultar sus lágrimas mientras hacía Sarah un agujero para que el niño pudiese meter la cabeza en el papel. Así lo hizo divirtiéndole, lo que creía un juego, y sus rasgados ojos brillaban alegremente.—Sujetadlo por las puntas, señora—dijo Sarah, y Beatriz cogió temblando la cabellera del niño, y volviendo la cabeza dióse principio a la cruel operación.

Sin piedad, lo mismo que las tijeras de Atropos, adelantáronse las dos brillantes hojas, y encima del desplegado *Standard* cayeron unos tras otros los rizados bucles, y con seguridad que nunca resplandecieron tanto las columnas del influyente periódico. Chis, chas hacían las tijeras, y al oírlo creyó Beatriz la atravesaban el corazón. En cinco minutos quedó terminado el trabajo, más bien o más mal hecho, y los sedosos bucles habían desaparecido para siempre de la cabecita de Enrique. Beatriz echóse a llorar,

y recogiendo el pelo con cuidado, lo besó, guardándolo. Cogió al desfigurado querubín, y le tuvo un rato en brazos estrechándole contra su pecho.—¡Pobre hijo de mi alma!—exclamó.—¡Pobre corderillo sin hiel! ¡Es una crueldad lo que hicimos contigo! ¡Qué mala madre tienes, hijo de mis entrañas! ¡Tesoro de mi vida!

Entre paréntesis, el expropietario de los bucles parecía estar sumamente satisfecho. Experimentaba una nueva sensación; ¿no es cierto que en todas las edades a las nuevas sensaciones acompaña un vivo interés? De repente una cosa inesperada produjo en el ánimo de Beatriz un efecto extraordinario.—¡Madre!—exclamó.—¡Madre!—Escucha, hijo mío, repite conmigo «¡madre!»—Enrique sonrió, abrió los labios, y por primera vez balbuceó una débil imitación de la palabra que oía. Abundantes lágrimas humedecieron el rostro de Beatriz al mismo tiempo que cubría de besos al niño.—¡Dilo! ¡Repítelo una vez más! ¡Siempre!—dijo muy emocionada Beatriz.—¡Di madre.. madre..!—El tiranuelo, que estaba muy alegre, no opuso ningún obstáculo e hizo lo que le decían, y todo el tiempo que tardaron en llegar a Londres, Beatriz repitió la palabra a su hijo intentando hacerle comprender que en adelante tendría que darle ese título a ella, a quien hasta entonces llamara *Bébééé*, o cualquier otro balbuceo infantil semejante imitación del nombre que con mucha frecuencia oía pronunciar. El consuelo que la causó la rapidez con que el niño aprendió la palabra, fué tan grande que hizo olvidar todas las penas y hasta el acto cruel de las tijeras.